

¿Y sin camareros que hacemos?

Texto—Andrés Sánchez Magro

Uno pensaba que escribir de gastronomía tenía que ver con la búsqueda del mejor foie gras, una casa de comidas perdida, la imaginación loca de un cocinero y alegrías o dramas del cuerpo y el alma. Pero la realidad es tozuda, y, a veces, impone su ley administrativa que tiene mucho que ver con la gestión ordinaria de las cosas. Ahora la cuestión es la dramática falta de personal que vive nuestra hostelería. Por encima de los cambios de hábitos laborales, y que el trabajo en bares y restaurantes ya no se considera panacea ni penúltima opción cuando uno no encuentra otra actividad, la intervención política en el negocio tiene un efecto directo e irrevocable.

Como hay muchos lumbreras que legislan de salón, o que anteponen el catecismo de su ideología a las necesidades del sector económico que nos ocupa, el resultado es la desertización laboral en el mundo de la restauración. No se fomenta la productividad, la creación empresarial no está muy bien

vista, como argumentos contextuales. Esto es tónica de la economía española general de los últimos tiempos, porque cualquiera que crea riqueza, que la vende, manipula en forma de alimentación o vino, tiene poco que contar para algunos ingenieros sociales. Los cuales, por cierto, no dejan de acudir en cuanto pueden a comer y beber a modo. Luego una drástica limitación de jornada laboral por decreto unilateral, supone en muchas ocasiones la inviabilidad del negocio. Ya nadie quiere hacer horas extras, si acaso se puede con la actual regulación. De tanto dimensionar, el hostelero va acabar dispersando felicidad cuatro horas al día, y gracias.

Alguno pensará que exagero y que soy jugador de ventaja, cuando lo único que nos preocupa a los que estemos en cualquier lado de la trinchera hostelera es que ese tejido emocional y cultural siga más que vivo. Es imposible que la alta creatividad que tiene este país en esta materia, auténtico I+D+i

de la marca España, desde la última taberna hasta el flamante Diverxo, pueda existir sin una protección y fomento de sector. En hostelería según cierre de datos 2023, trabajan más de 1 millón y medio de personas. Desde luego, el camarero, el personal que no tiene estrellas, pero sí dignidad laboral merece apoyo, respeto y que el entorno sea favorable. Apelar a las retóricas de la transición digital para un sector que necesita sobre todo mano de obra cualificada y entusiasta, es un simple brindis al sol. Si no a vivir en un gran buffet de autoservicio desde el Consejo de Ministros hasta el último pueblo de España. ●

